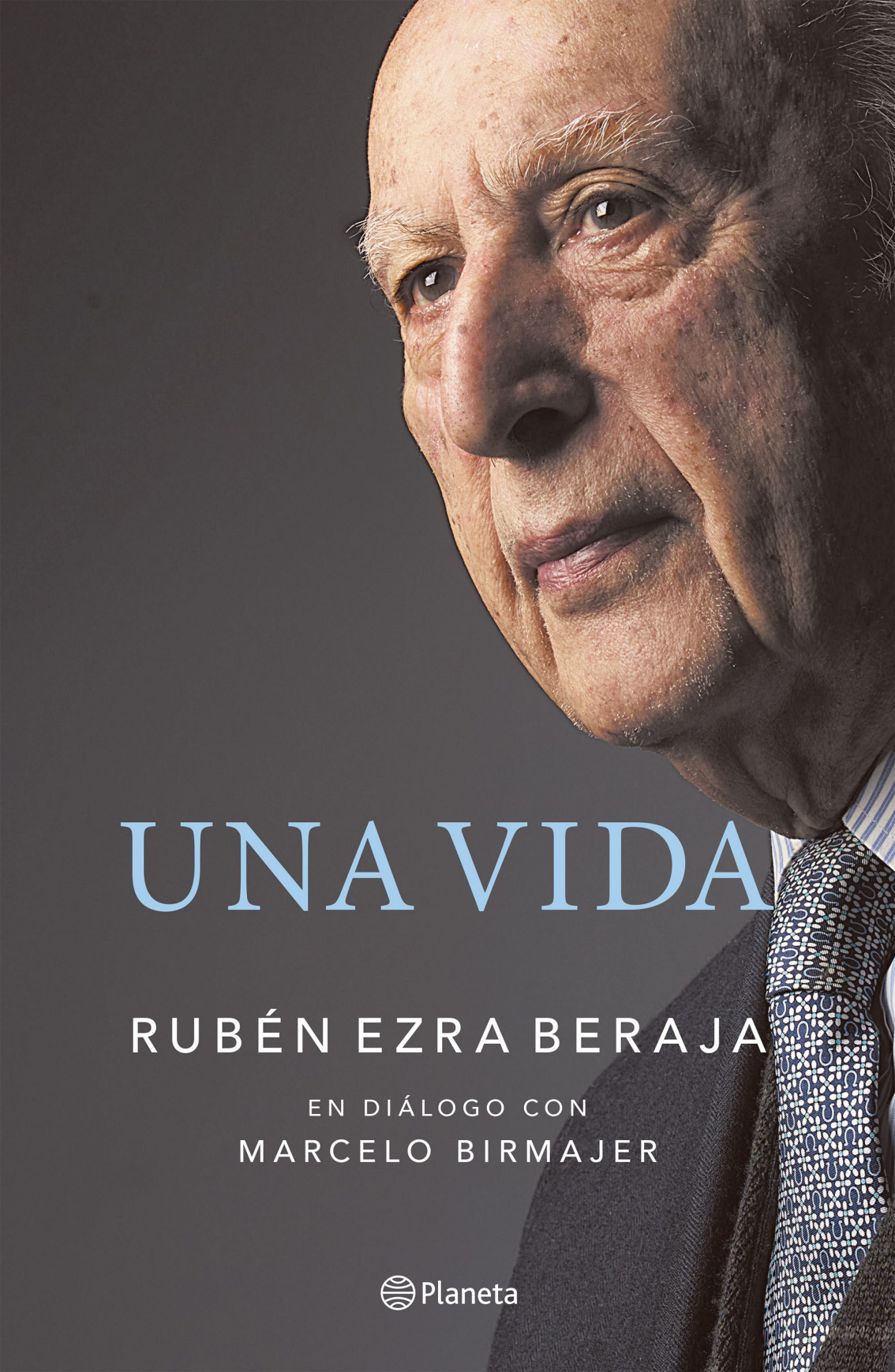


A close-up, high-contrast portrait of an elderly man, Rubén Ezra Beraja, looking slightly to the left. He has a serious expression and visible wrinkles on his face. He is wearing a dark suit jacket, a light blue striped shirt, and a patterned tie with a blue and white geometric design.

UNA VIDA

RUBÉN EZRA BERAJA

EN DIÁLOGO CON
MARCELO BIRMAJER

 Planeta

RUBÉN EZRA BERAJA

en diálogo con Marcelo Birmajer

UNA VIDA

Introducción

La mañana trágica

Durante más de treinta años participé de la vida pública en instituciones de diversos campos. Se sucedieron los momentos gratos, dramáticos y también nimios.

Y la tragedia.

Hay acontecimientos que destruyen un mundo, pero a los que accedemos por medio del conocimiento, sin una relación personal directa. Pero hay otros que, a la par que afectan a la humanidad, nos arrasan personalmente. Eso fue para mí el atentado a la Asociación de Mutuales Israelitas Argentinas (AMIA). Esa conmoción por un momento me pareció insuperable.

El 18 de julio de 1994 se perpetró, en Argentina, el peor ataque contra los judíos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, planeado y ejecutado por Hezbollah, organización islámica conocida mundialmente por su accionar terrorista, con el apoyo logístico de la República Islámica de Irán.

La masacre de la AMIA fue uno de los atentados más relevantes del terrorismo fundamentalista islamista contra las democracias occidentales. La sangrienta saga que inauguró tendría su continuidad en el cataclismo del derribo de las Torres Gemelas de Nueva York —ejecutado por Al Qaeda— y sembraría luego

pánico y muerte en Madrid, Londres, París, Berlín, entre otras capitales y ciudades del mundo, a lo largo de las primeras décadas del siglo XXI.

Esa escalada criminal tuvo su registro más sangriento en el salvaje ataque perpetrado por Hamás el 7 de octubre de 2023, cuando una horda sedienta de sangre asesinó a sangre fría a casi 1.200 personas, hirió a varios miles y secuestró a 251 civiles. Esa incursión asesina se convirtió en el baldón más ominoso de este siglo para la humanidad.

Retornemos al Buenos Aires de 1994. Esa mañana del 18 de julio, por razones circunstanciales, momentos antes del atentado me encontraba compartiendo un café con el entonces embajador de Israel en la Argentina, Yitzhak Aviran. Habíamos sido invitados al estudio desde donde se emitía Radio Jai, la radio judía de Argentina, para celebrar la inauguración de un noticiero simultáneo entre Jerusalén y Buenos Aires. Finalizada la transmisión, a las 8:40 a. m., el embajador Aviran propuso tomar un café.

Acordamos ir al bar ubicado en Paso 611, a metros de la calle Tucumán. Esperamos unos pocos minutos y llegaron nuestros cafés. Mientras conversábamos, aún distendidos en el comienzo de la jornada, repentinamente el local se sacudió, incluyendo nuestra mesa. Oímos una detonación a la distancia. Nos miramos azorados. El oficial de seguridad del embajador, que estaba en la puerta, gritó: “Parece que fue en la AMIA”.

El estruendo fue a las 9:53 a. m. de ese lunes invernal, y yo estaba a solo 300 metros del lugar del ataque criminal. Se me paralizó el corazón y casi todo el cuerpo.

De inmediato, reaccioné y compulsivamente me lancé a una carrera hacia lo desconocido, indudablemente siniestro. Tratando de correr para cubrir esas tres cuadras, advertí que mis movimientos eran torpes y mal coordinados. No podía emitir ni una palabra.

Avancé a contracorriente de la marea humana que huía hacia la avenida Pueyrredón —peatones despavoridos o sumidos en una perplejidad más allá de la conciencia—, apenas avizorando en mi imaginación el infierno. Pero ninguna imaginación podía prever lo que vi al llegar a la calle Pasteur al 600.

En lugar del tradicional e histórico edificio de la AMIA, encontré una escena indescriptible: una montaña de escombros a nivel inferior y, por encima, un vacío agobiante, que producía un efecto extraño, como si el cielo hubiera bajado a ocupar ese hueco inverosímil. Era una sensación similar a como describen quienes han perdido un brazo o una pierna, que aún lo sienten, el miembro fantasma. Un edificio emblemático que ya no estaba.

En ese instante me asaltó la convicción angustiante de que era más importante lo que no veía: las numerosas personas atrapadas bajo los escombros. ¿Cuántas podrían sobrevivir a eso?

Me resistía a pensarlo, pero la conclusión lógica me arrojaba una posibilidad terrible. Muchas probablemente ya habrían muerto. Las que aún estuvieran con vida corrían riesgo cierto de morir, por las heridas o por asfixia. Parado frente a ese umbral del desastre, sentía un dolor inaudito, una desesperación muda.

Sabía que debajo de los escombros penaban personas conocidas, amigos, empleados, transeúntes. Otras desconocidas. En cualquier caso, muchas vidas preciosas. Con esfuerzo, pasados esos segundos incalculables, comencé a procesar lo que sucedía delante de mis ojos.

Sobre los escombros, tres o cuatro hombres ya estaban buscando sobrevivientes. En la calle, se armaba un incipiente cordón policial. Los civiles se movían como autómatas. Casi simultáneamente llegaban médicos y enfermeros del vecino Hospital de Clínicas. Minutos después, arribaron ambulancias del SAME y, un poco más tarde, equipos de socorro de Defensa Civil de la

Ciudad de Buenos Aires. Escuchaba los gritos de quienes, encima de los escombros, buscaban sobrevivientes.

Aunque había asistido a la impresionante escena de la voladura del edificio de la Embajada de Israel en marzo de 1992, esta experiencia era inédita. En aquella oportunidad, había llegado a pie hasta la calle Arroyo, 40 minutos después de la explosión, cuando ya estaban actuando las ambulancias, médicos y enfermeros y la policía se había hecho del control de la situación. El cuadro posterior a la explosión era diferente, también por las características de ambos edificios. Al inenarrable escenario infernal del atentado contra la AMIA, llegué tres minutos después.

Saliendo de mi estupor, comencé a distinguir rostros conocidos. Dirigentes de la AMIA, otros de la DAIA. Intercambiamos monosílabos entre los directivos presentes y al fin alguien propuso que nos reuniéramos en el negocio cercano del entonces tesorero de la AMIA, Luis Grinwald.

Allí, nos mirábamos atónitos, primero en silencio, como si no hubiera palabras que nos representaran. Luego de esos instantes, recuperamos gradualmente nuestra capacidad de hablar, mientras determinábamos el rumbo a seguir. Era evidente que todos estábamos dominados por la misma sensación de dolor, de vacío existencial, de flotar en la tragedia que nos rodeaba.

Pero teníamos responsabilidades como dirigentes y como seres humanos.

Las víctimas atrapadas estaban delante de mis ojos, aunque no pudiéramos verlas. El dolor cubría no solo el espacio físico circundante, sino también mi alma. Hablaba y opinaba, pero ya no era la misma persona ni tampoco era la misma realidad. Hasta me olvidé de avisarle a Raquel, mi esposa, que estaba vivo. Ella también, a la distancia, vivió momentos horribles, *shockeada* por las noticias y las imágenes que ya emitían los canales de televisión y buscando que alguien le diera información sobre mí.

El tiempo se detuvo ante tamaño ataque: pero después de intercambiar algunas ideas, el presidente de la AMIA, Alberto Crupnicoff, propuso que nos trasladáramos a otro inmueble de la entidad que presidía, ubicado a pocas cuadras, en la calle Ayacucho al 600. Allí nos reunimos algunos de los directivos de ambas entidades. Nos separaban 200 metros de la escena infernal. El silencio que imperaba era como la continuidad del que se registraba en la calle Pasteur. Era una circunstancia inédita, luctuosa, desgarradora, y nos costaba ordenar nuestros pensamientos.

Intentamos ponernos en acción y coordinar los movimientos a seguir. En esa búsqueda, inicialmente sin coherencia y aún con menos lucidez, nos dispusimos a afrontar lo que nuestras responsabilidades dirigenciales nos imponían, con el aterrador cuadro de la calle Pasteur siempre en nuestras mentes. Así fueron pasando las horas, entre la consternación y el desconsuelo, mientras nos llegaban noticias escalofriantes del lugar de la masacre.

Ya caía la tarde cuando, en esa improvisada sede, se presentó el juez federal Juan José Galeano, para informarnos que estaba a cargo de la instrucción judicial. Visiblemente conmovido, se comprometió a avanzar con determinación en la investigación.

Nos mantuvimos en ese escenario estremecedor hasta bien entrada la noche.

Estaba interiormente aturdido, conmocionado en mis fibras íntimas, con la mente perturbada, consciente de todo lo irreparable en vidas humanas que significaba ese ataque terrorista.

Con esa sensación regresé a mi casa. Raquel, que había seguido los sucesos a la distancia, pero sin noticias mías, me recibió llorando. Tras fundirnos en un abrazo, también rompí en llanto.

Entre la noche y la madrugada del martes 19, me mantuve en pie tratando de reordenarme, espiritual, mental y físicamente, hasta que me venció el sueño.

Muy temprano volví a la calle Pasteur, escenario de la masacre, y se renovó mi desconsuelo por lo que ya no tenía retorno. Vidas inocentes segadas por el odio inhumano de los terroristas. Y no podía evitar que retornara a mi mente el ataque a la Embajada de Israel, como el preanuncio de este nuevo escenario de terror.

Al mismo tiempo recordé la reunión que nueve meses antes habíamos tenido dirigentes de la DAIA en dependencias de la Secretaría de Inteligencia de Estado (SIDE), oportunidad en la que ya habíamos expresado nuestro temor de un nuevo ataque terrorista.

La situación conservaba su condición caótica, desesperante y dantesca.

Ese mismo día, por la tarde, directivos de la DAIA organizamos una reunión de emergencia, donde uno de los presentes sostuvo que debíamos convocar a un acto público de repudio para el jueves de esa misma semana. La propuesta, aceptada por todos, me inquietó. Guardé silencio. No lo dije entonces, pero no me sentía capaz ni emocional ni intelectualmente de encabezar ese inmediato acto. Me costaba imaginarlo mientras una cantidad de personas de carne y hueso aún estaban debajo de los escombros y las tareas de rescate se realizaban a un ritmo mucho más lento del tiempo que una persona, en esas circunstancias, puede sobrevivir a la asfixia. Y aún más mientras comenzaba la llegada de familiares de quienes, presumiblemente primero y ya sin dudas después, estaban atrapados en la montaña de escombros.

Esa fue otra experiencia terrible. Cómo contener primero esa angustiante presunción y, con los días, el dolor inenarrable de quienes ya sabían que entre las víctimas estaba su esposo, su esposa, o su hijo, su hija o su padre, su madre o su hermano.

Fue una dura misión que tratamos de cumplir con empatía, con sensibilidad y, a la vez, asumiendo una calma o una fortaleza

que en realidad flaqueaban, para respaldar a los familiares. En algunos casos, mantener vivas las esperanzas; en otros, transmitir consuelo y resignación; pero en muchos, sollozamos junto con los deudos, porque nos sentíamos familia.

Todo ello hacía para mí mucho más difícil concentrarme en otras tareas y, en especial, en el inminente acto público.

Por un momento pensé en delegar en otro compañero la misión de dar ese discurso. Ya había hablado en el acto organizado para repudiar el ataque al edificio de la Embajada de Israel. Pero mi ánimo en esta ocasión estaba signado por una mayor inmediatez y cercanía, además de las mayores responsabilidades que me correspondían.

Ya avanzada la noche, regresé a mi casa. Raquel nuevamente me recibió angustiada, y luego estuvimos largo rato en silencio, como quienes comparten un duelo familiar.

Permanecí insomne hasta la madrugada del miércoles 20. Atrapado por un pensamiento circular, laberíntico, no encontraba consuelo frente a lo sucedido. Pero lentamente, ya avanzadas las horas, fui asumiendo que el llanto interior no reparaba el terrible daño recibido. Ese ejercicio de introspección no fue en vano. Poco a poco fui recuperando la cordura, el ánimo, las fuerzas de luchar.

Fue un extraño proceso interior, como si minuto a minuto me fuera cubriendo con una coraza, que terminó abarcando todo mi ser. En ese momento me comprometí con todas mis fuerzas a luchar para que tamaña masacre no quedara impune. Con esa íntima decisión, logré dormir unas pocas horas.

En la mañana del miércoles 20, me dirigí hacia la calle Pasteur. Las tareas de rescate avanzaban lentamente para no dañar a quienes estaban debajo de la montaña de piedras y polvo. Sabíamos que cada segundo contaba para salvar de la asfixia a los sobrevivientes.

Encontré a muchos compañeros directivos de la DAIA, de la AMIA y de otras instituciones comunitarias. Con esta nueva disposición anímica, afronté la situación; además del trabajo de voluntarios, agentes de policía y funcionarios de defensa civil, llegaban más familiares quebrados por el dolor y por el llanto, que venían a nosotros a buscar respuestas. No las teníamos.

En esa atmósfera trágica, nos reunimos los integrantes del ejecutivo de la DAIA y acordamos los detalles para el acto público que convocamos junto con la AMIA, para ese mismo jueves en la plaza de los Dos Congresos.

El tenor de mi discurso en esa ocasión y la forma en que me dirigí a la extraordinaria multitud me demostraron que ya estaba templado, con coraje y firmeza, para iniciar la lucha que teníamos por delante.

La consigna de la convocatoria fue “De pie frente al terror. La auténtica solidaridad es hacer justicia.”

Esa tarde del 21 de julio, convocadas por las entidades centrales de la comunidad judía argentina, se hicieron presentes en la plaza de los Dos Congresos, pese a la lluvia, unas 150.000 personas. Esa multitud con sus paraguas dio su nombre a esa tarde que ya pertenece a la historia.

Las características y particularidades de ese importante acto las desarrollo en extenso en el capítulo “La masacre de la AMIA”, e incluyo en los apéndices el discurso que pronuncié en esa ocasión.

Una vez finalizado el acto público y habiendo concurrido a un programa de televisión a primera hora de la tarde, conducido por Mauro Viale, quien recibió en vivo una llamada del presidente Menem, invitándome a concurrir al día siguiente, viernes, a la quinta de Olivos. Acepté la invitación, ajustando los horarios para atender al comienzo del Shabat.

En esa reunión, se encontraba, además del presidente Menem y todos sus ministros, el rabino Avi Weiss, de Nueva York, recién

llegado de Estados Unidos y reputado por su activismo en favor de los derechos humanos. Nos conocimos en esa trágica circunstancia.

Comenzada la reunión en un clima de tensión comprensible, se dispuso la sala para proyectar un video que había sido confeccionado por oficiales de la SIDE, presentes en ese cónclave. Nos informaron que en ese material veríamos cómo se había consumado el atentado contra la sede de la AMIA. El clima era expectante, y este anuncio me produjo una profunda ansiedad.

En un momento de la reunión, el presidente Menem manifestó: “Si se confirma alguna participación de Irán, debemos romper relaciones”. Uno de los presentes, cuya identidad no pude retener, preguntó entonces: “¿Cuál es el monto de nuestro comercio con Irán?”. El ministro de Economía, Domingo Cavallo, respondió: “Alrededor de 600 millones de dólares. Nada significativo”.

Ante esa especulación meramente mercantil reaccioné y dije: “Señor presidente, más allá de las vidas perdidas, no hay monto que pueda reparar el daño que actos criminales como éste provocan a la seguridad de la población y a la imagen internacional de la Argentina”.

El canciller Guido Di Tella intervino y manifestó su plena coincidencia con mi afirmación. Menem reiteró con firmeza: “Si se confirma lo que se presume, romperemos relaciones”.

Entonces oscurecieron la sala para comenzar a proyectar el video.

Apenas comenzado el video, en medio del silencio, la conmoción y la expectativa de todos, fui reconociendo imágenes que ya había visto tiempo atrás, en septiembre de 1993. Conteniendo con mucho esfuerzo mi irritación, rompí el silencio y dije en voz alta: “Señor presidente, este video corresponde al atentado contra la Embajada. Y ya lo vi en la SIDE”.

Tras mis palabras, que rompían ese clima, siguió un silencio general. Los funcionarios nacionales presentes, todos del máximo nivel, callaban desconcertados.

Era inimaginable que esa audaz chapucería se tramara a espaldas del presidente y aun de algunos de sus ministros, en procura de generar un golpe de efecto, para bajar la tensión derivada del multitudinario acto del día anterior. Interpreté entonces que se trataba de una burda y deplorable intentona para confundirme.

Quedé anonadado y estupefacto al ver una actitud tan poco profesional en una reunión de semejante jerarquía, en la residencia presidencial y con el presidente y su gabinete de ministros en pleno. Llamativamente, nadie pidió explicaciones a quienes estaban a cargo de la proyección. Para tener dimensión de la fallida maniobra, destaco que el contenido de ese video que se intentó proyectar demostraba que la SIDE tenía en la mira a Mohsen Rabbani, a su esposa y al círculo de sus operadores, que se movía en torno a la mezquita ubicada en el barrio porteño de Floresta, y hacía referencia a las firmes sospechas de la SIDE de que allí estaba el foco de las actividades terroristas que condujeron a la voladura de la sede de la Embajada de Israel en Argentina. Paradójicamente, al intentar proyectarlo como referido a la masacre consumada días antes, el gobierno nacional estaba haciendo suyas las denuncias y acusaciones que yo había formulado el día anterior en mi discurso en la plaza de los Dos Congresos.

Inmediatamente, y con energía, expuse que justamente lo que procurábamos nosotros era que no se produjera el mismo fracaso que hasta entonces signaba la investigación por el atentado de 1992.

El presidente Menem superó la fallida exhibición, recuperó la iniciativa, se levantó y me invitó a acompañarlo a otra depen-

dencia de la Quinta de Olivos. Cara a cara, soslayando alguna referencia a lo recién sucedido, me dijo que su compromiso era poner a disposición todos los recursos y esfuerzos para descubrir y castigar a los criminales.

La postura del presidente parecía sincera, enérgica y a la altura de las circunstancias, pero la audaz y lamentable *mise en scène* que se había intentado montar momentos antes generó en mí desconfianza y escepticismo. Estábamos a tan solo cuatro días de la masacre.

A todas luces, era un mal augurio. El tiempo demostró que la actuación del gobierno frente al atentado estuvo signada, a menudo, por situaciones confusas, indefinidas y contradictorias.

Pero algo más preocupante sucedió en los días siguientes. Era como si la usina política oficialista hubiera calibrado lo ocurrido en el multitudinario acto del jueves y llegado a la conclusión de que afectaba negativamente los intereses del gobierno.

En los días posteriores, las autoridades intentaron acotar el accionar de la DAIA.

El domingo por la mañana, el periodista Olgo Ochoa, nada menos que por Radio Nacional, pronunció un editorial fuertemente crítico contra la posición pública de la DAIA, expresada en el acto del jueves. Al día siguiente, Bernardo Neustadt, en su programa radial matutino, se manifestó en el mismo sentido y desarrolló su editorial en tono empático, pero lo concluyó con una aparente recomendación, que era en realidad una amenazante advertencia encubierta destinada a la dirigencia de la DAIA: "... No despierten a la bestia dormida".

Ese editorial, y en particular esa frase venenosa, fueron recibidos por los miembros de la comunidad judía argentina como una clara amenaza. Minutos después sonaron los teléfonos de la DAIA, con llamadas del público, que espontáneamente denunciaban sentirse directamente amenazados.

Invitado por Neustadt, concurrí a su programa de televisión del martes por la noche y rechacé sus expresiones. Sin embargo, en otros términos, las reiteró el miércoles en la radio.

Avanzada la mañana, recibí una llamada del entonces secretario Legal y Técnico de la Presidencia, Carlos Corach, quien se encontraba participando como convencional electo en la Convención Constituyente en Santa Fe. Me preguntó cómo iba todo y le contesté: “Muy mal... y agregué que era evidente que desde el gobierno habían motorizado esos repugnantes mensajes. Me respondió: “Hablá con Bauzá”. Le repliqué: “¡No hablaré con nadie..... ¡Quien dio la orden, debe desactivarla!”

Luego de apenas unas horas, cesó esa campaña para debilitar los reclamos y la digna posición de la DAIA y de la AMIA.

El jueves 28, me convocaron a una reunión con el entonces secretario general y de Coordinación de la Cancillería, Andrés Cisneros, quien se mostró cordial y amigable. Otro funcionario presente, rebatiendo mis cuestionamientos, manifestó que nosotros habíamos “israelizado” el acto del día jueves, en alusión a la participación del embajador de Israel y de un ministro israelí en el mismo. Obviamente rechacé ese argumento banal, que mostraba que en algunos niveles del gobierno nacional existía mayor preocupación por cuidar sus espaldas que por abocarse de lleno al grave momento que se estaba viviendo. La afirmación resultaba inconsistente frente al antecedente de lo actuado por Menem en el acto de repudio al atentado a la sede de la Embajada de Israel. En aquella ocasión, el presidente habló y se manifestó en forma muy enérgica, al condenar el terrorismo internacional y solidarizarse con las víctimas.

Contrariamente, en el acto del día 21 de julio de 1994 declinó la invitación que le realicé para que se dirigiera a la multitud presente en ese emotivo acto, dejando un vacío difícil de comprender.

En la noche del 19 de julio de 1994, apenas un día después del atentado contra la AMIA, el vuelo 901 de Alas Chiricanas fue destruido por un terrorista suicida, poco después de despegar del Aeropuerto Internacional Enrique Adolfo Jiménez, cerca de Colón, en Panamá. Murieron veintiuna personas, incluyendo doce empresarios judíos.

Poco después de este atentado, una organización con el nombre de Ansar Allah (“Los seguidores de Dios”) emitió un comunicado expresando su autoría; pero la inteligencia israelí confirmó que el grupo libanés Hezbollah había estado detrás de aquel atentado.

En semanas posteriores, por una cadena de imprevistos, en Bangkok, Tailandia, se frustró el intento de atacar con explosivos la Embajada de Israel.

En la voladura de la sede de la AMIA se aniquilaron vidas preciosas y se destruyó una parte de la historia de la comunidad judía argentina. También quedaron pulverizados archivos y años de investigación del Instituto Judío de Investigación (IWO, por sus siglas en ídish), instituto señero dedicado a la cultura ídish, y la sede de la DAIA, con pérdida de documentación histórica relevante. Fue un golpe siniestro que aniquiló la vida de 85 personas y dejó centenares de heridos.

La traumática experiencia del 18 de julio me signó. Ese fue el primer día del resto de mi vida.